

DE LA IGLESIA

Dirck Philips

Introducción

Dirck (o Dietrich) Philips (1504-1568) fue colaborador de Menno Simons y, como éste rechazó la violencia de los münsteritas y las especulaciones tanto del antitrinitario Adán Pastor como del individualista David Joris. Se preocupó más que su hermano Obbe¹ por la fidelidad visible de la Iglesia como cuerpo social. Por consiguiente, hizo hincapié en la disciplina evangélica basada en el compromiso voluntario de sus miembros; la Regla de Cristo compensa el rechazo de la religión establecida². Llegó a ser más estricto que Menno en la aplicación concreta de la excomunión, de esto iba a surgir en 1566 una división en el seno del anabaptismo neerlandés cuando los “flamencos” —refugiados en los Países Bajos del sur, gente más bien de ciudad— se apartaron de los “frisios” (más establecidos). Dirck trabajó principalmente en la región de Dantzig, en las colonias de neerlandeses emigrados.

Al igual que Menno Simons, Dirck Philips tampoco pretendió ser original, pero llevó a cabo una obra de divulgación y consolidación del anabaptismo. Sus escritos son más claros y sencillos que los de Menno Simons, pero su tono es más duro. En 1563 reunió a una docena de tratados en su Enchiridion o Manual de la doctrina cristiana, de 650 páginas, uno de los escritos más publicados, reeditados y traducidos de toda la historia anabaptista-mennonita. Incluimos en esta colección De la Iglesia, escrito en 1564.

DE LA IGLESIA

I. El origen y la primordial caída y restauración de la Iglesia ¹

La Iglesia de Dios fue originalmente comenzada por Dios en el cielo con los ángeles que fueron creados espíritus y llama de fuego (Sal 104: 4; Hch 1: 7) para estar delante del trono de Dios adorándolo y sirviéndolo, y también para que ministraran a los creyentes y fueran siervos junto con ellos (Ap 22: 9). Porque aunque ellos son tan altas y exaltadas criaturas de Dios, sin embargo son todos espíritus ministradores, como dice el apóstol (Hch 1: 14), enviados para ministrar a aquellos que serán los herederos de la salvación. Porque ellos guardan a los hijos de Dios y acampan en torno al campamento de aquellos que temen a Dios (Sal 34: 7; Ex 14: 19). Ellos fueron delante de Israel, ellos condujeron a Lot fuera de Sodoma (Gn 19: 16; Sal 20: 6, 34: 22; Mt 18: 10). En resumen: ellos sirven a los santos y al pueblo elegido de Dios, los protegen en todas formas, contemplando siempre la faz del Padre Celestial. En consecuencia, la Iglesia tuvo su origen en los ángeles del cielo.

Después la Iglesia de Dios fue iniciada en el paraíso con Adán y Eva, quienes fueron creados a imagen de Dios y conforme a su semejanza (Gn 5: 2) honradas, buenas y puras criaturas de Dios. incorruptibles e inmortales (Gn 2: 7; 9: 6; Sab 2: 23), en quienes había una naturaleza honrada y devota, y un carácter divino, y en quienes había un verdadero conocimiento de Dios (Eclo 16: 25), y temor y amor a Dios, mientras ellos permanecieron en su primera creación y ordenanza, y llevaron la imagen de Dios.

La segunda vez que se apartaron de Dios en la congregación ² ocurrió mediante Adán y Eva, en el paraíso, cuando fueron engañados por la astucia de la serpiente (Gn 3: 6) y corrompidos por el pecado (Ro 5: 12; 1 Co 15: 21) por lo cual ellos perdieron la imagen de Dios, la santidad de su naturaleza inmaculadamente creada y la razón preeminente, llena de elevada sabiduría y conocimiento de Dios y de su creación, la cual era ferviente en amor y obediencia hacia Dios. Todo esto lo perdieron ellos. Sí, de la justicia pasaron a la injusticia, de aquel estado inmortal llegaron a la corrupción y condenación, quedando fuera de la vida eterna y dentro de la muerte eterna.

La primera restauración del hombre corrompido, la renovación de la imagen divina en él, y la reconstrucción de la arruinada Iglesia ocurrió con la promesa de la venidera simiente (Gn 3: 15) de la mujer

que debería aplastar la cabeza de la serpiente. Esta simiente es principalmente Jesucristo y él es llamado la simiente de la mujer porque él fue prometido a Adán y Eva por Dios y es, en cuanto a la carne, nacido de una mujer (Mt 1: 25; Lc 2: 7). Porque aunque María lo concibió por el Espíritu Santo y lo dio a luz como una pura doncella, ella es, sin embargo, llamada mujer en las Escrituras (Lc 2: 5; Gl 4: 4) y en la misma manera Cristo es también llamado su simiente y el fruto de su cuerpo. Y este Jesucristo es el Aplastador y Vencedor de la perversa serpiente antigua (Ap 12: 17) y quien por su muerte redimió a la raza humana del tiránico poder de Satanás, del pecado y de la muerte eterna (Ro 5: 1; Col 1: 20; Hch 2: 14).

Esta fue la primera predicación del evangelio de Jesucristo, el único Redentor y Salvador del mundo, por quien Adán y Eva fueron restaurados y regresaron a la imagen de Dios (Jn 3: 36); porque ellos fueron creados de nuevo por Dios, renacidos de Él, porque aceptaron la promesa de gracia del Evangelio con verdadera fe por el poder y la iluminación del Espíritu Santo.

De estos Adán y Eva vinieron Caín y Abel, dos hermanos, uno honrado y el otro impío (Gn 4: 1); Abel, un hijo de Dios y miembro de la Iglesia cristiana. En contraste, Caín era hijo del diablo (1 Jn 3: 12) y estaba incluido en su compañía. El devoto y justo Abel fue odiado por el perverso y asesino Caín, quien lo mató debido a la envidia de su malvado corazón. Esto es una clara representación y testimonio de que desde aquel tiempo en adelante hubo dos clases de gente, dos clases de hijos, dos clases de congregaciones sobre la tierra. Es decir: el pueblo de Dios y el pueblo del diablo; los hijos de Dios y los hijos del diablo; la congregación de Dios y la asamblea de Satanás. Y que los hijos de Dios tenían que sufrir persecución por parte de los hijos del diablo, y que la congregación de Cristo tiene que ser suprimida, acosada y sentenciada a muerte por la asamblea del Anticristo (Mt 23: 38; Jn 8: 44). Esto Dios lo ha dado a conocer en que ha puesto enemistad entre la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer, y en que la simiente de la serpiente continuaría tendiendo trampas a la simiente de la mujer o mordiéndola en el calcañar. Porque Cristo Jesús es la verdadera simiente prometida de la mujer, como ha sido dicho antes (y lo dijo nuevamente, de una simiente prometida y no de una simiente natural o, de lo contrario, también la simiente de la serpiente hubiera sido igualmente natural (Jn: 16: 33), y él es el único vencedor del diablo. Además de esto, todos los creyentes son la simiente de la Eva es-

piritual, así como los incrédulos son simiente de la perversa serpiente antigua, y todo esto es en sentido espiritual. Y entre los hijos de la antes mencionada Eva y la serpiente ha sido puesta por Dios una enemistad eterna de manera que los hijos del diablo todo el tiempo odian, envidian y persiguen a los hijos de Dios (Gn 3: 15) y, por otro lado, los hijos de Dios vencen a la serpiente y a su simiente, al mundo y a todo lo que hay en él, por la sangre del Cordero, por su fe en Jesucristo, por la confesión y el testimonio de la verdad y por su fidelidad a la palabra de Dios hasta la muerte (Ap 7: 14; 12: 12; 1 Jn 5: 4).

Además, Dios les dio a Adán y Eva otro hijo en lugar de Abel, Set, el temeroso de Dios (Gn 4: 25). Y de éste descendieron otros fieles hasta Noé, que halló favor ante el Señor en tiempo que Dios castigaba con un diluvio a los hijos de los hombres junto con los hijos de Dios que se habían mezclado con las hijas de los hombres y así habían transgredido. Inmediatamente Él destruyó, quitó y aniquiló toda carne que había corrompido su camino, excepto a Noé y aquellos que estaban con él en el arca. Lo que esta figura significa lo hemos explicado en nuestra *Confesión*³ y en *Restitución espiritual*⁴.

Dios hizo un pacto con Noé y con sus dos hijos Sem y Jafet, o lo renovó, y estos, en aquel tiempo, constituyeron su congregación. Pero Cam, el tercer hijo de Noé, aunque había estado en el arca y salió de allí con ellos, se burló de su padre y fue maldecido por éste. Así tomó el lugar de Caín, se volvió un nuevo comienzo de la congregación de Satanás sobre la tierra, el padre de Canaán y su simiente, los hijos perversos, que siempre han atormentado y hecho burla de los hijos de Dios y peleado contra Dios.

En línea directa desde Sem, apareció Abraham, padre de los creyentes, con quien Dios renovó y confirmó su pacto...

De manera que el pacto de Dios con todas sus promesas de gracia descendió de Abraham a Isaac y a Jacob, a los doce patriarcas y después a Moisés y Aarón, a David y a todos los temerosos de Dios que entonces y después vivieron, y quienes sirvieron a Dios en integridad de fe. Estos constituyeron la congregación de Dios, la república de Israel (Ef 2: 12), el templo del Señor, el testamento y el santuario del Altísimo. Aquí la sabiduría tiene su morada en Jacob y su herencia en Israel (Eclo 24: 8) hasta el tiempo de Cristo, en cuyo tiempo había mucha gente devota y temerosa de Dios en la nación judía, en Jerusalén y por toda Judea, tales como Zacarías, Elisabet, José y María, el anciano Simón y Ana la viuda, etcétera.

Además de estos había mucha gente temerosa entre los gentiles, tales como Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Altísimo, y cuyo linaje ha sido ocultado por el Espíritu (Gn 14: 18; Hch 7: 1); Abimelec, rey de Gerar (Gn 20: 2); Job, un idumeo, sus amigos, y muchos otros. Por lo tanto, Pablo escribe (Ro 2: 14-16.26-29) de los gentiles, quienes sin poseer la ley, no obstante, por naturaleza, hacen las cosas de la ley...

Además, la promesa de Dios a Abraham era que en su simiente todas las naciones de la tierra serían bendecidas y él llegaría a ser padre de todas las naciones de los gentiles. Y allí Dios le cambió el nombre, de manera que ya no sería llamado Abram sino Abraham. Hay, asimismo, muchas profecías en el Pentateuco (Gn 15: 5; 17: 3-5; 22: 18; Sal 18: 43) y en los profetas (2 S 22: 44) respecto a los gentiles, en el sentido de que ellos serían llamados por Jesucristo al rebaño de Israel, y que muchos creerían en Dios y serían obedientes al Evangelio (Ro 11: 25).

Por lo tanto, los judíos e israelitas no pueden ser contados exclusivamente como la congregación de Dios, sino también todos aquellos que verdaderamente confiesan, temen y honran a Dios, y viven conforme a su voluntad según la ley de la naturaleza escrita por Dios en sus corazones. Y todos aquellos que entre los paganos han creído en Jesucristo son, pese a su incircuncisión de la carne (Ro 2: 20) y a su paganismo, contados como simiente espiritual de Abraham y de la promesa (Gl 3: 20). De esto se deduce que ellos han sido de Dios y de Cristo⁵.

De manera que la congregación de Dios desde un principio ha existido en Cristo, por quien todas las cosas son renovadas. Ciertamente son unidos en un cuerpo todos los que están en el cielo y en la tierra (Col 1: 16) por quien la congregación de Dios fue hecha más gloriosa y también fue multiplicada; porque entonces las figuras llegaron a su fin y las verdaderas realidades llegaron a tener vida (Col 2: 9; Ro 10: 4)⁶; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Jn 1: 17). Entonces la oveja perdida de la casa de Israel fue buscada y conducida por Cristo hacia el verdadero rebaño (Mt 10: 6). Entonces ciertamente los gentiles de todas las naciones fueron al Monte de Sión a aprender la ley del Señor nuestro Dios, a escuchar el evangelio de Jesucristo y andar en el camino del Señor (Is 2: 24). Entonces fue cumplida la profecía de que la desolada sería consolada, y la vergüenza y el desprecio de la estéril olvidado (Is 54: 1-5; Gl 4: 27) porque quien la había creado se había vuelto su esposo, y su nombre era el Señor de los Ejércitos, el Redentor y el Salvador de

Israel, el Señor y Dios de toda la tierra. Entonces verdaderamente Jerusalén se levantó y resplandeció, porque su luz vino (Is 60: 1), y la gloria de Dios la iluminó y su radiancia brilló sobre ella, de manera que los gentiles anduvieron en su luz, y los pueblos de la tierra en el fulgor que surgió sobre ella. Entonces les fueron dadas por Dios a los creyentes mediante el conocimiento de Jesucristo las más preciosas promesas, que ellos a través del conocimiento mismo serían hechos partícipes de la divina naturaleza (2 P 1: 4) si huían de las corruptoras concupiscencias de este mundo. En resumen: el verdadero conocimiento de Dios y de Cristo apareció entonces como la resplandeciente estrella de la mañana (Ap 22: 16); la gracia huyó entonces del Paraíso de Dios como una fuente de aguas vivas, entonces fue derramado abundantemente por Dios el Espíritu Santo sobre sus hijos e hijas (Ap 22: 1⁷; Jl 2: 28; Hch 2: 17). Entonces fue el nuevo testamento del Señor completado con la casa de Israel y Judá conforme a su promesa por el profeta Jeremías (31: 31-34). Sí, entonces fue extendida la congregación y el Reino de Dios prosperó a través de todo el mundo (Mt 28: 19; Mc 16: 15) mediante los verdaderos emisarios del Señor (Col 1: 28) preparados y dotados con muchas preciosas promesas y ordenanzas, convirtiéndose en esta forma en gloriosa casa del Dios viviente.

Acerca de cómo sucedió esto y cómo tuvo lugar esta edificación de la congregación de Jesucristo, las Escrituras nos lo muestran con gran claridad. Esto fue mediante la correcta enseñanza de la divina Palabra y por la fe que viene por escuchar la divina Palabra (Ro 10: 17 y ss). A causa de esto viene la iluminación del Espíritu Santo; porque nadie puede entrar en el Reino de Dios, en la Jerusalén celestial, es decir en la congregación de Jesucristo, a menos que de corazón haya enmendado sus caminos y sinceramente se haya arrepentido y creído al Evangelio (Mt 3: 2). Porque así como Dios fundó su congregación terrenal en el paraíso con gente pura y santa, que había sido creada a su semejanza, así todavía él desea a los tales como creados en Cristo Jesús y renovados por el Espíritu Santo en su congregación. Aunque la salvación prometida al hombre ha sido consumada por Jesucristo el Salvador, y aunque la perdida vida ha sido redimida por la sangre del único sacrificio, y es brindada a todos por el evangelio (Tit 2: 13; Hch 2: 2; 10: 18-20). Sin embargo, no todos disfrutan de esta eterna salvación y de esta eterna vida, sino solamente aquellos que en esta vida han renacido mediante la Palabra de Jesucristo, que permiten que se los busque y se les halle para la luz de la divina Palabra, y que obe-

decen a la voz de su Pastor (1 P 1: 23-25; Stgo 1: 18-19; Jn 3: 3; 8: 32; 12: 46) y que son iluminados con el verdadero conocimiento de Dios y de su voluntad y con fe sincera acatan la justicia de Cristo.

El renacimiento espiritual

Cristo testifica a Nicodemo de esto que acabo de decir y le advierte: "De cierto, de cierto te digo que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. De cierto, de cierto te digo, que el que no naciera de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios" (Jn 3: 3.5).

Aquí el reino de Dios es absolutamente negado por el mismo Señor a quienes no han renacido de Dios y que no son creados por Él de nuevo en el ser interior en su imagen. Por esto todos aquellos que desean entrar, en el reino de Dios (hablo aquí de seres inteligentes)^a tienen que nacer de nuevo.

Este reconocimiento no tiene lugar exteriormente sino en el entendimiento, mente y corazón del hombre. En el entendimiento y en la mente es donde el hombre aprende a conocer el eterno amor y el Dios de gracia en Cristo Jesús, quien es la eterna imagen del Padre (2 Co 4: 4; Col 1: 16) y el resplandor del divino ser (Hch 1: 3). Es entonces con el corazón como el hombre ama a este mismo todopoderoso y viviente Dios, le teme, lo honra, y cree en Él, confía en sus promesas, lo cual no puede tener lugar sin el poder del Espíritu Santo, quien tiene que inflamar el corazón con el divino poder que también tiene que dar fe, temor con amor, esperanza y, todas las buenas virtudes de Dios.

Ni somos regenerados por la carne y la sangre ni por ninguna cosa temporal o corruptible, sino como Pedro dice (1 P 1: 23) y Santiago testifica (1: 18) por la Palabra del Dios viviente, tal como hemos escrito en nuestro librito *De la regeneración y la nueva criatura*^o, y quienquiera que lo desee puede leerlo allí. Además, la palabra de Dios es doble: la ley y el evangelio.

La ley es la palabra de mandamiento, dada por Dios mediante Moisés en el Monte Sinaí con tan aterradora voz, con tales temblores, tormentas, truenos y relámpagos que los hijos de Israel no podían soportarlo, sino que dijeron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos, pero no habla Dios con nosotros, para que no muramos" (Ex 20: 19). Aun el propio Moisés estaba espantado y temblaba (Hch 12: 21) lo cual enseña la severidad de la ley porque nos muestra el pecado y la condenación, dado

que demanda una perfecta justicia del hombre interior (Ro 4: 13-15; Dt 4: 1-6; 6: 1-3; Mt 19: 17-21) y la santidad de toda la naturaleza creada y del superior entendimiento, plena del verdadero conocimiento de Dios y, agregado a esto, un corazón santo y puro que es ferviente en amor a Dios.

Además, la ley condena la impureza interna de la naturaleza, es decir: el daño y pérdida de la creada sabiduría y conocimiento de Dios y la implícita justicia y santidad del corazón (Sal 51: 6-12; Ef 2: 1-3). También condena el malvado deseo e inclinación contrarios a la ley de Dios. Así quien lea la ley con el rostro descubierto tiene que aterrarse de la ira de Dios (Ro 3: 20; 7: 7; 2 Co 3: 13-16; Ex 34: 33-35; 20: 19 ss; Hch 12: 19) y humillarse, tal como nos ha sido descrito en el caso de Israel y ciertamente en el caso del propio Moisés.

Por lo tanto, la ley es dada por Dios, no porque pueda traer consigo perfecta justicia, salvación y vida eterna para el hombre (porque por las obras de la ley ninguna carne será justificada: Ro 3: 20; Gl 2: 16) sino para que pueda, por la revelación del pecado, enseñar al hombre a temer a Dios, a conocerse y a humillarse a sí mismo bajo la poderosa mano de Dios, y estar así preparado con penitente corazón a aceptar a Jesucristo —el único Salvador—, y por su gracia y sus méritos solamente buscar y esperar la salvación (1 P 5: 6; 1 Ti 2: 6; Ef 2: 13; Hch 15: 8).

Por cuanto, entonces, la ley enseña el conocimiento del pecado, ya que de tal conocimiento viene el temor del Señor, lo cual es el principio de toda sabiduría (Ro 7: 7, Eclo 1: 16), sin lo cual ningún hombre puede ser justificado, y como del temor del Señor procede un quebrantado, contrito y humillado corazón, lo cual es aceptable al Señor (Sal 51: 10), por lo tanto la ley sirve o conduce en parte al nuevo nacimiento. Esto es así por cuanto nadie puede nacer de nuevo o ser espiritualmente resucitado y nadie puede creer al evangelio, a menos que previamente se arrepienta, como el Señor Jesucristo mismo testifica (Mt 3: 2) porque Él enseñó al pueblo el arrepentimiento antes que nada, y después la fe, y así lo ordenó hacer a sus apóstoles (Lc 24: 47).

Pero el evangelio es la palabra de gracia. Es el jubiloso mensaje de Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, el único Redentor y Salvador (1 Ti 2: 4; Tit 2: 14) quien se dio a sí mismo para que pudiésemos ser rescatados del poder de Satanás, del pecado y de la muerte eterna, y ser hechos hijos y herederos de nuestro Padre Celestial, para ser un real sacerdocio (Gl 1: 4; Hch 2: 15; Ro 8: 14; Ef 1: 5) para ser nación santa y raza elegida y posesión de Dios en el Espíritu (1 P 2: 9). Por eso Él también dice en el evangelio (Mt 11: 28-30): "Venid a

mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón... Tomad mi yugo sobre vosotros... porque mi yugo es fácil y ligera mi carga". Y nuevamente: "De cierto, de cierto os digo: el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación" (Jn 5: 24). Y otra vez: "Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto vivirá (Jn 11: 25). Y nuevamente: "Porque no envió Dios a su hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo pueda ser salvo por él" (Jn 3: 17).

Éste es el verdadero evangelio, la pura doctrina de nuestro Dios, lleno de gracia y misericordia, lleno de consuelo, salvación y vida eterna, dado a nosotros por Dios por gracia sin méritos ni obras de la ley para la eterna salvación de todos los creyentes, si es que la aceptamos en verdadera fe...

Ahora bien, todos aquellos que mediante lo que les enseña la ley aprenden a temer a Dios, reconocen su pecado, sinceramente se arrepienten, se apartan de su vida pecaminosa e impia manera de ser y con penitente corazón creen al Evangelio y aceptan a Jesucristo como su salvador (Mt 3: 8; Mc 1: 5; Lc 3: 8) son nacidos nuevamente de Dios por su eterna Palabra (1 P 1: 23) en el poder de su Santo Espíritu, por quien son renovados y también sellados para el día de su redención, y tienen libre acceso a Dios y al trono de gracia mediante la fe en Jesucristo. Aquí, la ley una vez condenada, ahora queda en silencio. Aquí son silenciados los truenos, el terremoto, las tormentas y las aterradoras manifestaciones del Monte Sinaí (Ex 19: 16). Aquí resplandece una más clara luz del Evangelio y la sal de justicia dentro de los corazones creyentes (Jn 3: 19; 12: 46). Aquí está un hombre enteramente nuevo, un nuevo corazón, mente y sentimiento, un hijo de Dios, un heredero del Reino de los Cielos pactado con Dios, renacido de Dios, fortalecido por su poder y listo para la vida eterna (Sab 5: 6).

Y de este renacimiento espiritual que viene de la Palabra de Dios es de donde recibimos u obtenemos la perdida imagen del conocimiento de Dios, de su voluntad, y de aquella imagen de divina Justicia por la cual podemos estar ante Dios mediante Cristo. Y ésta es la voluntad de Dios y la justa ordenanza del Señor que así seamos renacidos por la Palabra de Dios y crezcamos en el conocimiento de Dios, en fe, en amor (Ef 4: 15) y prosigamos en toda obediencia a la Palabra de Dios, para la alabanza del Señor y para nuestra salvación (Mt 10: 22).

El conocimiento del Dios Trino

Necesariamente conectado con este renacer hay un verdadero conocimiento de Dios; es decir del Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mt 28: 19; Jn 5: 8). El Padre es la fuente de todo bien (Ex 3: 6), la Esencia de todas las cosas, el Creador de todo ser, el eterno e invisible Dios, que mora en luz (como dice el apóstol, 1 Timoteo 6: 16), a quien ningún hombre puede allegarse, a quien nadie ha visto, ni Moisés sobre el Monte Sinaí ni Juan el Bautista en el Jordán, ni los apóstoles en el Monte Tabor, ni Pablo en el tercer cielo (Ex 20: 21; Mt 3: 16; 17: 5; 2 Co 12: 18). Pero con una devota y piadosa condición de mente los creyentes siempre lo han contemplado y confesado a Dios en Jesucristo, quien es la imagen del Dios invisible, el resplandor de su gloria, el espejo de su divina claridad, el unigénito del Padre, la Palabra, por quien todas las cosas son hechas, en quien está la vida, la vida que es la luz de los hombres (2 Co 4: 4; Col 1: 15; Hch 1: 3; Sab 7: 26, Jn 1: 3) y que ha venido al mundo y resplandeció en las tinieblas, y las tinieblas no comprendieron aquella luz. Esta Palabra fue hecha carne, fue recibida en la doncella María mediante el Espíritu Santo, y de ella nació un hijo del Altísimo (Mt 1: 18, Lc 2: 7), pero el mundo no comprendió que Dios ha sido revelado en carne (1 Ti 3: 16), que la Sabiduría ha aparecido sobre la tierra (Bar 3: 20-23) y que la Palabra de Dios se ha hecho hombre (1 Jn 1: 1 ss) y ha permanecido, como Palabra de Vida. Porque dado que Él iba a ser el Mediador entre Dios y el hombre, y también hacer reconciliación entre nosotros y el Padre (1 Ti 2: 5; Ef 2: 16; Col 1: 20), por consiguiente tenía Él que ser tanto Dios como hombre en una persona. Por cuanto Él iba a quitar el pecado del mundo (1 Jn 1: 29) y con su justicia anular toda injusticia y sorber la muerte, por lo tanto Él mismo tenía que ser la justicia, la vida eterna y la salvación. También porque Él iba a dar su carne por la vida del mundo, por eso su carne tenía que dar vida. Por esta razón Cristo mismo llama a su carne el pan de vida que descende del cielo (Jn 6: 33); por lo tanto no es de la tierra ni de la carne o la sangre de ningún hombre mortal³⁰.

En esta gran obra de redención, por la cual Dios redimió a la perdida raza humana, está representada para nosotros y puesta delante de nuestros ojos la figura de la divina majestad, sabiduría, justicia, misericordia y amistad. Esto porque Dios envió a su hijo unigénito (quien era en forma divina) en forma de carne pecadora (Flp 2: 6), lo hizo sujeto a la ley, lo hizo pecado, lo puso bajo maldición. Y Aquel que era

inmortal, sí, que dominaba todo con su poderosa palabra, se volvió carne mortal (Gl 4: 4; Ro 8: 3; 2 Co 5: 21; Gl 3: 13; Hch 1: 3) sin embargo, resucitó de entre los muertos y mediante su divino poder venció a todos sus enemigos (Ro 4: 26; 1 Co 15: 25).

Ésta no es la sabiduría del mundo, ni aun la de los ángeles del cielo, sino la sabiduría de Dios, oculta, un misterio, la cual fue predicada por los apóstoles pero no con palabras de humana inteligencia, sino con las palabras que el Espíritu Santo les enseñó (1 Co 2: 6). Ésta es también la severa, exaltada y valerosa, sí, eterna, justicia de Dios que Él infligió castigo y expiación por nuestros pecados, con tal severidad (los cuales no podían ser redimidos ni quitados por ningún otro medio) sobre su propio y amado Hijo. Claramente no corresponde al amor ni a la misericordia humana sino al eterno amor de Dios, a la insondable gracia y misericordia de Dios que Jesucristo murió por nosotros cuando aún éramos pecadores, impíos y enemigos de Dios: (Is 53: 9; 1 P 2: 24; Col 1: 4; Ro 5: 8). Éste es el misterio de la piedad (1 Ro 3: 16) tan grande y tan maravilloso, del cual Pablo escribe (1 Co 2: 10) que no puede ser aprehendido sino por el Espíritu Santo, que escudriña todas las cosas, sí, las cosas profundas de Dios. Y dado que el mundo no puede recibir al Espíritu Santo (como Cristo mismo lo dice en Jn 14: 17) porque no lo ve ni lo conoce, por lo tanto no entiende el misterio de la piedad en su poder. No conoce correctamente a Jesucristo y no cree en Él como testifica la Escritura (Jn 7: 27; 1 Jn 2: 22). Sin embargo, algunos niegan su verdadera divinidad. Algunos argumentan contra su santa, inmaculada humanidad, y algunos rechazan su salvación y sus piadosas enseñanzas, etcétera.

El Espíritu Santo es el tercer nombre, la tercera persona, el poder y la operación en la Deidad. Es un ser divino con el Padre y el Hijo (Mt 28: 19), porque Él procede del Padre a través del Hijo y también con ellos ha llevado a cabo la creación; y es el Espíritu de verdad, el Consolador de la conciencia (1 Jn 5: 8, Jn 16: 13) y Dispensador de toda dádiva espiritual (1 Co 12: 1,11), las cuales son derramadas por Dios nuestro Padre mediante Jesucristo e infundidas en los corazones de los creyentes, por lo cual son iluminados, renovados y santificados (Tit 3: 6; 1 Co 6: 11) y llegan a ser posesión de Dios (Ef 1: 14) y nuevas criaturas en Cristo salvadas para la vida eterna, y sin lo cual nadie conoce a Dios, ni cree en Jesucristo (1 Co 12: 3) dado que toda buena dádiva viene del Padre Eterno y nos es distribuida por el Espíritu Santo (Mt 7: 11).

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, entonces, es el único verdadero y viviente Dios y Señor (Is 40: 28; 42: 5), aparte de quien no hay ningún otro Dios ni Señor, ni en los cielos ni en la tierra; el primero y el último, el único eterno, sabio y justo Dios. Redentor y Salvador (Ap 1: 17; 22: 13). Y este conocimiento de Dios tiene que existir en relación con el nuevo nacimiento, en buena conciencia con la verdadera fe viniendo de la Palabra de Dios (Jn 3: 36), captado por la iluminación del Espíritu Santo, del cual hemos escrito con mayor amplitud en otro lugar¹¹, y de tal pueblo renacido y de tales nuevas criaturas Jesucristo ha juntado su congregación, y para ellos ha establecido varias ordenanzas y dado varios mandamientos que ellos tienen que guardar y por ellos ser conocidos como su congregación.

Las siete ordenanzas de la verdadera Iglesia¹²

La primera ordenanza es que la congregación, sobre todas las cosas, tiene que poseer la pura y auténtica doctrina de la divina Palabra (Mt 28: 19 ss), y junto con ella adecuados ministros; ambos son regularmente llamados y elegidos tanto por el Señor como por la congregación del Señor. Lo que la verdadera y sencilla palabra de Dios es —y ella es doble—, es decir la ley y el evangelio, ya lo hemos explicado antes. Asimismo, en cuanto a la forma del llamamiento, elección y ordenamiento de los verdaderos ministros, la Escritura nos enseña muy claramente donde habla del llamamiento de los profetas por Dios, del envío de los apóstoles por Jesucristo (Jn 20: 21) y del ordenamiento de los ancianos por el Espíritu Santo y de la congregación cristiana mediante la voz unida y común sobre el rebaño de Dios para pastorearlos y cuidarlos (Mt 10: 1; Hch 13: 2; 20: 28; 1 Ti 3: 2-7; Tit 1: 5 ss). En nuestro tratado sobre el *Envío de predicadores*¹³ hemos explicado esto muy bien, en parte. Por lo tanto, aquí sólo decimos otra vez en forma breve que los verdaderos ministros de la Divina Palabra son fácilmente reconocidos por las salvadoras enseñanzas de Jesucristo, por su piadosa conducta; por los frutos que producen y, además, por la persecución que tienen que sufrir a causa de la verdad y la justicia. Porque todo el que habla la Palabra del Señor es enviado por Dios (Jn 3: 34), y el que hace justicia es nacido de Dios (1 Jn 2: 29), y quien convierte hombres de la injusticia al Dios viviente permanece en el consejo de Dios y declara al pueblo la Palabra del Señor (Jer 23: 3), y el perseguido, porque enseña y da tes-

timonio de la verdad es perseguido, como dice la Escritura, así como todos los buenos apóstoles y profetas y el mismo Señor fueron perseguidos (Mt 5: 11-12; 10: 22-25; 12: 14; 21: 40; Jn 15: 19).

Y en cuanto a cómo los ministros son ordenados y cómo tienen que ser ellos enviados, esto puede observarse bien y ser notado en las figuras de Aarón y sus hijos en el Antiguo Testamento...

Aarón y sus hijos con una figura que señala a la realidad, a los maestros de la congregación de Dios, especialmente en lo que se refiere a los hijos de Aarón. Porque Aarón es realmente una figura de Jesucristo, nuestro Sumo Sacerdote (Hch 2: 17; 5: 6; 8: 1; 10: 1). No obstante, en vista de que Cristo envía a sus ministros, como el Padre lo envió a Él (Jn 20: 21), se deduce que los ministros de Jesucristo y de su Santa Palabra tienen que ser conformados a su imagen (Ro 8: 28 y ss). De aquí la figura de Aarón y sus hijos puede ser correctamente entendida, conforme al Espíritu, como significando que los ministros de Cristo que predicán su Palabra y proclaman su Evangelio tienen que ser lavados con el agua pura del Espíritu Santo y rociados con la preciosa sangre de Jesucristo, el Cordero sin mancha que se ofreció a sí mismo por nosotros (He 10: 18-22; Jn 1: 29; 1 P 1: 24), primero en la oreja derecha, para que los oídos de su entendimiento puedan ser abiertos para oír lo que Dios les habla. Segundo: en el pulgar de su mano derecha (Hch 12: 12 y ss) para que puedan levantar a Dios manos santas (1 Ti 2: 8); y tercero: en el dedo grande del pie derecho para que puedan andar en integridad ante el Señor en el camino de justicia. Tienen que vestir las santas vestiduras, es decir tienen que ser revestidos de Jesucristo (Ro 13: 14; Gl 3: 27; Ef 6: 11), ceñirse con el cinto de amor y verdad, y adornarse con la seda de la justicia (Ap 19: 8). El pectoral con el Urim y el Tumim, y con las doce preciosas piedras que tienen que colgar de ellos, es decir, ellos tienen que poseer el tesoro de la divina Palabra en sus corazones, porque son ministros del Señor (Gl 6: 16) sobre el Israel espiritual para enseñar a Jacob los juicios de Dios y a Israel su ley (Dt 33: 10). La mitra con la cinta de oro de la corona santa sobre su cabeza, es decir, que correctamente dividen la palabra de Dios entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre la letra y el espíritu, con un cierto entendimiento del divino misterio (Mt 13: 52; 1 Ti 3: 9; Ef 6: 19). Ellos tienen también una esperanza viva en la salvación y les está guardada la corona de justicia para aquel día (2 Ti 4: 8). Ellos entran en el santuario de Dios (Ro 12: 1; 1 P 2: 5) y sus oraciones resuenan, y son escuchadas por el Altísi-

mo. de manera que él recuerda a su congregación. El unguimento de aceite es derramado sobre ellos, porque reciben el unguimento de Aquél que es santo y por ello son santificados (1 Jn 2: 27).

La segunda ordenanza que Cristo estableció en su congregación es el correcto y escritural uso de los sacramentos de Jesucristo, es decir el bautismo y la Cena. Porque los creyentes arrepentidos y renacidos hijos de Dios tienen que ser bautizados y a ellos les corresponde la Cena del Señor (Mt 3: 16; 28: 19; Mc 1: 9; Hch 2: 41; 8: 12; 10: 48; 16: 15; 18: 8; 22: 16). Estos dos símbolos Cristo los dio y legó añadiéndolos a los Evangelios debido a la inefable gracia de Dios y a su pacto, para recordarnos de ello con símbolos visibles, para ponerlo delante de nuestros ojos y confirmarlo. En primer lugar él ordenó el bautismo, para recordarnos que él mismo bautiza interiormente y en gracia acepta pecadores, los perdona de todos sus pecados, los limpia con su sangre (Mt 3: 11; Jn 3: 5), les otorga su justicia y el cumplimiento de la ley y los santifica con su Espíritu (Ap 1: 5; 1 Co 3: 23). En segundo lugar ordenó la Cena del Señor, la cual testifica de la verdad de la divina aceptación y redención mediante Jesucristo (Mt 26: 26-28; Mc 14: 22; Lv 22: 19). Es decir que todos los corazones creyentes que están afligidos por sus pecados se apresuran al trono de la gracia (Jesucristo), creen y confiesan que el Hijo de Dios murió por nosotros y ha derramado su sangre (Ro 3: 25; 5: 25; 8: 3), ciertamente obtienen perdón del pecado, liberación de la ley, y eterna justificación y salvación por gracia, sin los méritos de las obras, mediante Jesucristo (Gl 3: 13; Ef 1: 17; Ro 11: 6).

Estas dos señales [bautismo y Cena] no son dejadas por el Señor para que ellas puedan amonestarnos a andar piamente (Col 2: 6; Ro 16: 18) la mortificación de la carne, a sepultar el pecado, a resucitar a nueva vida, a agradecer por los grandes beneficios que nos han sido dados por Dios, a recordar el amargo sufrimiento y muerte de Cristo y a la renovación y confirmación del amor fraternal, la unidad y la comunión (Mt 26: 26, Mc 14: 23; Lc 22: 20; 1 Co 10: 17; 11: 25), y también para que la congregación de Dios pueda ser distinguida de todas las otras sectas, que no hacen correcto uso escritural de los símbolos sacramentales del Señor Jesucristo, aunque ellos tienen la apariencia de hacerlo y en su hipocresía profesan mucho acerca de ello y cometen y perpetran vergonzoso sacrilegio. Porque ellos no usan los sacramentos de Jesucristo conforme a su Palabra, ni conforme a su mandamiento y ejemplo, ni conforme a los preceptos y prácticas de los

apóstoles, sino conforme a la usanza y las ideas de los hombres. Además, ellos permanecen impenitentes en la vieja vida, llenos de injusticia, codicia, impureza, orgullo, envidia, escándalo y toda forma de maldad. Todo esto es evidencia clara de que ellos no tienen la pura Palabra de Dios y la verdadera fe con la práctica apropiada de la Cena de Jesucristo conforme a la Escritura. Porque dondequiera se testifique del Evangelio con tan solemne promesa de Dios confirmadas por la preciosa sangre de Jesucristo, y selladas por el Espíritu Santo, y es correctamente enseñado y creído, y los sacramentos del Señor son regularmente recibidos con verdadera fe y sentida devoción y meditación sobre los misterios allí escondidos (como esto debería ser hecho), allí el Espíritu de Dios viene al corazón, allí Él renueva la perdida imagen de Dios. Allí Él imparte el conocimiento del Padre en su imagen, Cristo. Allí Él aumenta la fe, la esperanza, el amor, la paciencia y todas las virtudes de Dios (Ef 4: 23, Ro 3: 24; 15: 10; Gl 4: 5). Él también consuela las conciencias, purifica los corazones y los hace fructíferos en el conocimiento de Dios y de Cristo y los capacita en toda forma de sabiduría espiritual y entendimiento en cosas celestiales. Él da osadía a la mente para pedir a Dios y para dirigirse a la excelsa majestad divina, diciendo: "Abba, Padre querido" (Col 1: 9; Ro 8: 16; Gl 4: 5-6). Él enseña verdadera humildad, mansedumbre, paciencia, bondad y trae paz a la conciencia (Gl 5: 22). Aquí, entonces, el adversario, el diablo, tiene que huir; aquí la carne es crucificada con sus concupiscencias y deseos (Stgo 4: 7; Gl 6: 14-16); aquí, por el poder de la fe en Jesucristo, el mundo yace bajo nuestros pies (1 Jn 5: 4). Donde esto no tiene lugar ni es visto, allí no hay ni Dios, ni Cristo, ni Espíritu Santo, ni evangelio, ni fe, ni verdadero bautismo, ni Cena del Señor. En resumen: no hay congregación de Dios.

La tercera ordenanza es el lavamiento de pies a los santos¹⁴, lo cual Jesucristo ordenó a sus discípulos observar, y esto por dos razones. Primero, porque Él quería hacernos saber que Él mismo tiene que limpiarnos según el hombre interior, y que tenemos que permitirle que lave los pecados que nos acosan (Hch 12: 1) y toda inmundicia de carne y de espíritu, para que seamos cada día más puros, como está escrito (Ap 22: 11): el que es puro que sea más puro; el que es santo, que sea más santo; el que es justo que sea más justo. Y esto es necesario, tiene que ser hecho, si queremos ser salvos. Por lo tanto, Cristo dice a Pedro (Jn 13: 8-10): "Si no te lavo no tendrás parte conmigo". Pedro respondió: "No sólo mis pies, sino también las

manos y la cabeza". A esto Jesús respondió: "El que está lavado, no necesita más que lavarse los pies, pues está todo limpio". Con esto Cristo hizo evidente que el lavamiento de los pies (con el cual Él nos lava) es muy necesario y que significa, en cuanto a aquellos que no son lavados, que no tendrán parte con Él, y que aquellos que han sido lavados por Él no necesitan otra cosa sino que sus pies sean lavados, y ellos serán totalmente limpios, porque es Cristo quien tiene que limpiarnos de nuestros pecados con su sangre. Y aquél que es rociado y lavado así no tiene otras necesidades sino que sus miembros terrenales, los malos deseos y concupiscencias de la carne sean mortificados y vencidos mediante el Espíritu; y por gracia él es totalmente limpio y no le es imputado pecado (Ro 3: 24; Ef 1: 4-7; Col 3: 5; 1 Jn 1: 7; Ap 1: 5; Ro 8: 13).

La segunda razón por la cual Jesús instituyó el lavamiento de pies es para que nos humilláramos los unos ante los otros (Ro 12: 10; Flp 2: 3; 1 P 5: 5; Stgo 4: 10-11), y para que tuviésemos a nuestros hermanos en la fe en el más alto respeto, dado que ellos son los santos de Dios y miembros del cuerpo de Jesucristo y el Espíritu Santo mora en ellos (Ro 12: 10; Col 3: 13; 1 Co 5: 16). Este Jesús nos enseña en estas palabras (Jn 13: 13-17): "Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien porque lo soy. Pero si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: 'El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que lo envió'. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis". Ahora bien, si los que conocen y practican esto son bienaventurados, cuán privados de bendición se quedan aquellos que profesan ser apóstoles o mensajeros del Señor y no conocen estas cosas o, si las conocen, no enseñan a otros a practicarlas. Pero el corazón de ellos es completamente orgulloso e hinchado, de manera que no están dispuestos a humillarse conforme al mandamiento y ejemplo de Cristo. A causa de esto ellos o están avergonzados de hacerlo, o les parece como locura (exactamente como la divina sabiduría ha sido siempre considerada por el mundo como una locura (1 Co 1: 18-21; 3: 19). Pero ellos mucho más prefieren recibir el honor de los hombres —les gusta ser llamados "doctores", "maestros" y "señores" (Jn 5: 44)— que el honor que viene de Dios, lo cual se obtiene con una fe íntegra y una conducta santa. Pero no es a esto a lo que ellos aspiran, sin

embargo, sino que quieren ser la Iglesia de Cristo y ser conocidos como tal. Pero Dios que resiste a los altivos y da gracia a los humildes (1 P 5: 5; Stgo 4: 10), los conoce bien y en el Día Final revelará qué clase de asamblea o congregación (más propiamente debería decir yo "secta") han sido ellos.

La cuarta ordenanza es la separación evangélica, sin la cual la congregación de Dios no puede permanecer ni ser mantenida. Porque si las ramas estériles de la vid no son podadas, dañarán a las ramas buenas y fructíferas (Jn 15: 6). Si los miembros que ofenden no son excluidos, todo el cuerpo perecerá (Mt 5: 30; 18: 7-9). Es decir, si los pecadores declarados, los transgresores y los desordenados no son excluidos, toda la congregación se contaminará (1 Co 5: 4-13; 1 Ts 5: 14), y si los falsos hermanos son retenidos nos volvemos partícipes de sus pecados. De esto tenemos muchos ejemplos y evidencias en las Escrituras (2 Jn 10 y ss).

En Josué tenemos el terrible ejemplo de Acán que robó en Jericó algunas cosas condenadas y las ocultó en su tienda. Debido a esto la ira del Señor se volvió contra Israel, de manera que permitió que cierto número de israelitas fuesen muertos en la batalla y, entre otras cosas, dijo a Josué: "Los hijos de Israel no podrán hacer frente a sus enemigos, sino que delante de sus enemigos volverán la espalda, por cuanto han venido a ser anatema; ni estaré más con vosotros, sino destruiréis el anatema de en medio de vosotros" (Jos 7: 12). Por lo tanto, Acán y todo lo que él tenía fueron destruidos y desarraigados de Israel. Y Josué le dijo: "¿Por qué nos has turbado? Túrbate Jehová en este día..." (Jos 7: 25).

Tenemos, asimismo, en Nm 16: 11 un notable ejemplo en Datán, Abiram y Coré, quienes se levantaron junto con muchos hombres prominentes y destacados de Israel, contra Moisés y Aarón. Pero Moisés dijo a la congregación del Señor (Nm 16: 26): "Apartaos ahora de las tiendas de estos hombres impíos, y no toquéis ninguna cosa suya, para que no perezcaís en todos sus pecados".

De tales y otras semejantes experiencias y ejemplos históricos dados en la Santa Escritura, fácilmente puede observarse y entenderse que no hay congregación ni asamblea que pueda ser mantenida ante Dios si adecuada y seriamente no ejerce la separación conforme al mandamiento de Cristo, y a la enseñanza y ejemplo de los apóstoles. De lo contrario, les sucederá conforme al conocido proverbio (1 Co 5: 6) que un poco de levadura leuda toda la masa; y la oveja sarnosa

contagie a todo el rebaño. Entonces, como dice Oseas, será el pueblo como el sacerdote o el profeta (4: 9).

La separación o exclusión tiene que ser practicada para que así el que ofende pueda ser castigado en la carne y avergonzado, para que en esa manera pueda arrepentirse y ser salvo en el día del Señor Jesús (1 Co 5: 5). Esto es el más excelso amor¹⁵, el mejor gobierno o medicina para su pobre alma, como puede observarse en el caso del corintio fornicador. Además, la necesidad requiere que haya separación de los apóstatas y malvados para que el nombre de Dios, el Evangelio de Jesucristo y la congregación del Señor no sean avergonzados por causa de aquéllos (Sal 50: 21; Ez 36: 20-24; Ro 2: 24).

Cuáles son los pecados que tienen que ser castigados con la separación es algo que nos muestran los evangelistas y apóstoles en expresas palabras (Mt 18: 13-17; Ro 16: 17; 1 Co 5: 10; 1 Ts 5: 14; 1 Ti 3: 1-7; Tit 3: 10; 2 Jn 10), y también en nuestra *Confesión* hemos explicado cuidadosamente acerca de la separación¹⁶. Y aquello que la congregación del Señor determina con su Palabra, esto mismo es juzgado ante Dios¹⁷, porque Cristo dio a su congregación las llaves del Reino de los Cielos (Mt 18: 19) para que ellos puedan castigar, excluir y separar al malvado y recibir al arrepentido y creyente. Lo que la congregación ata sobre la tierra será atado en los cielos y, por otro lado, lo que ellos desatan en la tierra será desatado en los cielos. Esto no tiene que ser entendido como significando que los hombres tienen poder para perdonar pecados o para retenerlos (Jn 20: 23) como algunos imaginan o pretenden, y por eso trafican con la confesión y con la absolución como si éstas fueran mercancías. Ningún ministro de Cristo tiene que hacer esto, ni la congregación ha de permitir ninguna simonía (Hch 8: 9.13-18). Porque a ningún profeta ni apóstol en la tierra le ha sido concedido perdonar pecados, escuchar confesiones, y absolver al pueblo; aunque Cristo dijo a sus discípulos: "Recibid el Espíritu Santo. A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos" (Jn 20: 22-23). Los santos hombres de Dios no usurparon honores divinos sino que, por inspiración del Espíritu Santo, estaban perfectamente conscientes de que solamente Dios perdona pecados, como la Escritura unánimemente lo testifica. Pero la congregación ha recibido de Jesucristo al Espíritu Santo y el Evangelio (Is 43: 25; Mt 9: 6; Sal 51: 4) en el cual es proclamado y prometido el perdón de los pecados, la reconciliación con Dios y la vida eterna a todos aquellos que se arre-

pienten y creen a Jesucristo. Por otro lado, el desfavor, la ira y la condenación es aquello con que se amenaza y lo que se ofrece a todos los incrédulos, desobedientes y perversos.

Esta palabra, junto con el Espíritu Santo, es la que juzga en la congregación a todos los falsos hermanos (Tit 3: 10), a toda la gente hereje (Ro 10: 16) y a todos los desordenados y desobedientes que después de haber sido advertidos no se enmiendan, y en el Día del Juicio no será pronunciada, como el mismo Señor lo dice (Jn 12: 48). Y a esta palabra la congregación la ha recibido de Dios, por la cual, en el nombre de Jesucristo, y en el poder del Espíritu Santo, testifica, juzga, recibe y expulsa, y lo que así ata o desata en la tierra con la Palabra y el Espíritu del Señor es atado o desatado en el cielo.

La quinta ordenanza es el mandamiento de amor, el cual Cristo dio a sus discípulos diciendo: "Un mandamiento nuevo os doy; que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos si tuviéreis amor los unos con los otros". De este modo es fácil entender que el puro amor fraterno es una señal genuina de fe y verdadero cristianismo. El verdadero amor es éste: que nuestro mayor deseo es la salvación del otro mediante nuestras fervientes oraciones a Dios. La instrucción escritural, la admonición y la reprensión para que así podamos instruir a quien es tomado en falta para ganar su alma. Y todo esto lo hacemos con cristiana paciencia (Gl 6: 3; 2 Ts 1: 11; Stgo 5: 19; 1 Jn 5: 16), teniendo indulgencia para con los débiles y no simplemente para agradarnos a nosotros mismos.

Y así, el amor fraternal es mostrado en esto: que entre nosotros nos servimos unos a otros extendiendo nuestra mano benevolente. no sólo con lo espiritual sino también con lo temporal, dones que hemos recibido de Dios para que los demos abundantemente conforme a nuestra capacidad a causa de las necesidades de los santos (Ro 12: 13). Sí, para que entre nosotros suceda como con el Israel literal, que el que recogió mucho maná no tenía nada de sobra, y al que había juntado poco no le faltaba (Ex 16: 18; 2 Co 8: 15). Y así, los ricos, que han recibido del Señor muchas posesiones temporales tienen que servir con ellas a los pobres (Ro 15: 27; 2 Co 8: 9) y proveer a sus necesidades, de manera que los pobres, por su parte, puedan acudir a su ayuda conforme sea la necesidad de ellos. Por lo tanto, Cristo dice en el Evangelio: "Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para cuando éstas faltan os reciban en las moradas eternas" (Lc 16: 9).

Y Pablo escribe a Timoteo: "A los ricos de este siglo manda que no sean altivos, ni pongan la esperanza en las riquezas, las cuales son inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos, atesorando para sí buen fundamento para lo por venir, que echen mano de la vida eterna" (1 Ti 6: 17-19). Y Juan escribe en su epístola: "En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad". Cuán necesario es el amor nos lo muestran los apóstoles por doquier en todos sus escritos, especialmente Pablo a los corintios (1 Co 13: 1-4)...

De esto fácilmente puede comprenderse cuán ampliamente difieren con la verdadera fe y el verdadero cristianismo aquellos que no se aman unos a otros con sus obras sino que permiten a los pobres que están entre ellos sufrir necesidad y mendigar pan, en contra del mandamiento del Señor (Dt 15: 4; Ro 12: 13; 2 Co 8: 14; Gl 6: 8), contrariamente a toda naturaleza cristiana y contrariamente al amor y a la fidelidad fraternales. Y lo que es peor: cometen delito odiando, envidiando, calumniando, difamando, ofendiendo, blasfemando, persiguiendo, ahogando y matándose unos a otros, como lo hemos visto con nuestros propios ojos, y como ampliamente lo muestran sus obras. Y aunque ellos hacen esto, aun así quieren ser llamados cristianos y congregación de Dios. Pero si no se arrepienten, descubrirán en aquel día cuando comparezcan ante el estrado de justicia de Jesucristo qué clase de lindos cristianos han sido ellos. Porque donde no, como dice Juan, "El que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. Pero el que no permanece en amor está en tinieblas y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos" (1 Jn 4: 16 y 2: 11).

La sexta ordenanza que Cristo instituyó para su congregación es la observancia de todos sus mandamientos (Mt 28: 20), porque el demanda de todos sus discípulos una vida piadosa, que ellos anden conforme al evangelio, que abiertamente confiesen la verdad ante los hombres (1 Co 7: 19; Flp 1: 27; Mt 10: 32), se nieguen a sí mismos y sigan fielmente en sus pasos (Mt 16: 25; 1 P 2: 21), voluntariamente tomen su cruz, abandonen todo, y seriamente busquen primero el Reino

de Dios y su justicia (Mt 6: 16-20), las invisibles cosas celestiales, la vida eterna. Él también enseña a sus discípulos a ser pobres de espíritu (Mt 5: 3-11), a tener piadosa aflicción, mansedumbre, pureza de corazón, misericordia, ser pacificadores, pacientes, cuando son perseguidos injustamente, y tener gozo de conciencia cuando son despreciados y rechazados por causa de su nombre (Lc 9: 24; 17: 33). También él instruye a los suyos en la verdadera humildad y les advierte fielmente contra todo orgullo carnal y espiritual. Además, al destacar ante ellos que deben oír y guardar la Palabra de Dios, deben tener hambre y sed de justicia, cuidarse de los falsos profetas (Lc 8: 14; Jn 8: 47; Mt 5: 6), no seguir a los asalariados y huir de la voz de los extraños (Mt 16: 6; Jn 10: 12); también que ellos deben ayunar, y que tienen que orar sin cesar, que se tienen que guardar del exceso de comida, y de la ebriedad, y ansiedad respecto a las cosas temporales (Mt 6: 5; Lc 21: 34), que tienen que velar y estar preparados para su aparición (Mt 24: 32; 25: 13) y que tienen que guardarse de la levadura de los fariseos, la cual es hipocresía (Mt 16: 6), para que no se gloríen en sus propias obras y busquen la falsa justicia que hay en ellas; que no busquen la mota en el ojo del hermano y que adviertan la viga que hay en su propio ojo (Mt 7: 3), y que no traguen el camello y cuelel el mosquito (Mt 23: 24), etcétera. Ciertamente él establece su propia regla de perfección (Mt 5: 48), la manera en que deben amar a sus enemigos, hacer bien a los que les hacen mal, orar por sus perseguidores, bendecir a los que los maldicen (Mt 5: 44) y de corazón perdonar a sus deudores, así como ellos desean el perdón de Dios para su deuda, y no vengarse ellos mismos, sino dejar eso a Dios (Ro 12: 19).

También ellos han de guardarse no sólo contra las obras de la carne, las cuales son manifiestas como el homicidio, el adulterio, el juramento falso, etcétera, sino también contra la ira, las palabras amargas, los apetitos desordenados del corazón, y contra toda clase de juramentos. No tienen que hacer esto en ninguna manera so pena del fuego del infierno, como puede ser visto en Mateo, capítulo 5. Los apóstoles, asimismo, enseñan en sus epístolas que los cristianos tienen que mostrarse en todas las cosas como hijos obedientes de su Padre Celestial, como los elegidos y escogidos de un Dios Santo (Col 3: 12; 1 P 1: 1; 2 Co 6: 3 y ss), como siervos del Señor Jesucristo, como instrumentos del Espíritu Santo como real sacerdocio (1 P 2: 9), como linaje escogido, pueblo peculiar, celoso de buenas obras (Ef 5: 27; Tit 2: 14), como hijos de luz ya no tienen que andar más en

las tinieblas sino en la luz, habiendo sido llamados de las tinieblas a su luz admirable para que puedan declarar el poder de Dios, siendo así liberados de la mano de sus enemigos para servir a Dios en santidad y justicia todos los días de sus vidas (Lc 1: 70 y s).

Ésta es la filosofía celestial, la cual Jesucristo recibió de su Padre, la trajo de los cielos y la enseñó a sus discípulos. Éste es el consejo y la voluntad de Dios, la salvadora doctrina de Jesucristo (Hch 20: 27), y el testimonio del Espíritu Santo; en todo esto el Señor Jesucristo es para los suyos un maestro enviado de Dios, a quien tienen que escuchar (Mt 3: 17; 17: 5); un conductor a quien deben seguir (1 P 2: 25), un ejemplo al cual deben conformarse (Ro 8: 29). Ésta es la regla del cristianismo de la cual Pablo escribe: "Y a todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos y el Israel de Dios" (Gl 6: 16). Pero aquellos que no quieren andar conforme a esta regla no son cristianos, que profesen entonces lo que ellos quieran.

La séptima ordenanza es que todos los cristianos tienen que sufrir y ser perseguidos, como Cristo les ha prometido y dicho: "El mundo tendrá gozo, pero vosotros tendréis tribulación, pero tened buen ánimo, porque la tristeza se os tornará en gozo" (Jn 16: 33), y también: "Seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre" (Mt 24: 9) y en otra parte: "Viene la hora cuando cualquiera que os mate pensará que rinde servicio a Dios". Pablo concuerda con esto diciendo: "Si padecemos juntamente con Él seremos glorificados y heredaremos el reino de nuestro Padre Celestial" (Ro 8: 17), y nuevamente: "Y también todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús tendrán que padecer persecución" (2 Ti 3: 12). Pablo y Bernabé testifican también a toda la congregación que a través de mucha persecución y sufrimiento tienen ellos que entrar en el Reino de los Cielos. En resumen, toda la Santa Escritura testifica que el justo tiene que sufrir y poseer su alma mediante el sufrimiento (Lc 21: 19). Donde hay un piadoso Abel nunca falta un malvado Caín (Gn 4: 1 y ss); donde hay un elegido David hay también un rechazado Saúl para perseguirlo (1 S 8: 11); donde Cristo nace allí hay un Herodes que busca su vida (Mt 2: 16); donde él abiertamente predica y obra, allí también Anás y Caifás, junto con los sanguinarios judíos, se reúnen para tener consejo contra él (Mt 26: 3; Mc 14: 1; Lc 22: 1; Hch 4: 6) y no ceden hasta que lo han matado y fuerzan a Pilatos a hacer la voluntad de ellos.

Así los verdaderos cristianos tienen aquí que ser perseguidos por causa de la verdad y de la justicia. Pero los cristianos no persiguen a

nadie debido a la fe. Porque Cristo envió a sus discípulos como ovejas en medio de lobos (Mt 10: 16), y las ovejas no devoran al lobo, sino el lobo a las ovejas. Por eso es que nunca podrán ser contados como congregación del Señor aquellos que persiguen a otros a causa de la fe de estos. Porque, en primer lugar, Dios, el Padre Celestial, ha confiado todo el juicio a Jesucristo (Jn 5: 22) para que sea juez de almas y conciencias y para que rija su congregación con el cetro de su palabra para siempre. En segundo lugar, es oficio o trabajo del Espíritu Santo reprender al mundo por el pecado de la incredulidad (Jn 16: 8). Es evidente que el Espíritu Santo a través de los apóstoles y de todos los piadosos testigos de la verdad no ejercieron esta representación mediante la violencia ni con ninguna espada mundanal, sino con la palabra y con el poder de Dios. En tercer lugar, el Señor Jesucristo dio a su congregación la potestad y estableció la ordenanza de que ella tendría que separar, evitar y apartarse de los falsos hermanos, los desordenados y desobedientes, los belicosos y los herejes, sí, de todos los que en la congregación sean hallados perversos, como ya se dijo (Ro 16: 17; 1 Co 5: 10; Ts 5: 14; Tit 3: 10) y lo que sea hecho más allá de esto no es cristiano, ni evangélico, ni apostólico¹⁸. En cuarto lugar, la parábola del Señor en el Evangelio nos demuestra claramente que él no permite que sus siervos arranquen la cizaña¹⁹ para evitar que el trigo sea arrancado también junto con ella, sino que tienen que dejar que el trigo y la cizaña crezcan juntos en el mundo hasta que el Señor ordene a sus segadores, es decir a sus ángeles, que recojan el trigo en su granero y arrojen la cizaña al fuego (Mt 13: 29).

De esto surge evidente que ninguna congregación del Señor puede ejercer dominio, con la espada mundanal, sobre la conciencias de los hombres ni tratar mediante la violencia de forzar a los incrédulos para que crean, ni matar a los falsos profetas con la espada y el fuego, sino que tiene que juzgar con la Palabra del Señor y expulsar a aquellos que en la congregación son hallados perversos, y lo que más allá de esto sea hecho no es cristiano, ni evangélico, ni apostólico. Y si alguien se atreve a afirmar que las potestades que hay no han recibido la espada en vano (Ro 13: 1) y que Dios, mediante Moisés, ordenó que los falsos profetas fuesen muertos (Dt 13: 5), daré esta breve respuesta: la potestad superior ha recibido de Dios la espada no para juzgar con ella los asuntos espirituales (porque esas cosas tienen que ser juzgadas por lo espiritual y sólo espiritualmente, 1 Co 2: 13), sino para mantener a los ciudadanos bajo buen gobierno y en paz, para proteger a los píos y cas-

tigar a los malvados. Y en cuanto a que Dios haya mandado por medio de Moisés a matar a los falsos profetas, ése es un mandamiento del Antiguo, y no del Nuevo Testamento. En contraste con esto, nosotros hemos recibido del Señor otro mandamiento (Mt 7: 15; Jn 10: 5; Tit 3: 10), que tenemos que cuidarnos de los falsos profetas, que no tenemos que prestarles oído, que debemos excluir al hereje y remitirlo al Juicio de Dios. Ahora bien, si conforme al mandamiento del Antiguo Testamento los falsos profetas tienen que ser muertos, entonces esto tendría que ser cumplido primeramente con aquellos que son considerados falsos profetas y anticristos por las personas temerosas de Dios y entendidas, sí, por casi todo el mundo. Asimismo, las potestades superiores estarían obligadas a castigar con la muerte no sólo a los falsos profetas sino a todos los adoradores de imágenes, a los que sirven a los ídolos y a todos los que aconsejan a otros cometer sacrilegio (Ex 22: 18), y a todos los adúlteros, a todos los que blasfeman el nombre del Señor, a quienes juran falsamente en su nombre, a todos los que maldicen al padre y a la madre y profanan el sábado (Ex 20: 7; Dt 27: 16), porque todos ellos son condenados igualmente a muerte por la ley, lo mismo que los falsos profetas son condenados.

Por lo tanto, todo eso no es más que un esfuerzo para coser hojas de higuera y cubrir su vergüenza de parte de aquellos que quieren decorar su tiranía utilizando la Escritura. Pretenden así que ellos no matan cristianos sino solamente herejes, y que esto lo ha mandado Dios por medio de Moisés. Sí, el mundo mira a los más piadosos cristianos como si fueran perversos herejes. Lo mismo todos los buenos profetas fueron considerados por el mundo como mentirosos, agitadores, dementes y embaucadores (Jer 11: 21; Am 2: 9; Mt 5: 11; 23: 39; Hch 6: 14) y Cristo mismo fue contado entre los transgresores (Mc 15: 28). Y los apóstoles son presentados como los más despreciables, como si fueran destinados a la muerte, hechos maldición para el mundo y como un sacrificio depurador para el mundo (Sal 44: 13 y ss; 1 Co 4: 9). Y esto es lo que todavía sucede con todos los cristianos íntegros, pero ellos son confortados en lo mismo. Porque confían en el Señor su Dios y se consuelan con las gloriosas promesas que Dios les dio, es decir: que ellos son salvos (Mt 5: 10 y ss), que de ellos es el Reino de los Cielos y que el Espíritu de Dios descansa sobre ellos cuando son perseguidos por causa de la justicia, cuando los hombres dicen de ellos toda clase de maldades falsamente, y que si ellos han llegado a ser partícipes de los sufrimientos de Cristo y por causa de él

son despreciados, también saben que serán hechos participantes de su gloria (1 P 4: 14; Ro 8: 17; 2 Ti 2: 12).

He señalado y considerado brevemente lo que es la congregación de Dios, cómo y por qué medios es edificada, qué ordenanzas están incluidas, por medio de qué símbolos es descrita, cómo puede ser reconocida, y cómo puede ser distinguida de todas las sectas. Porque en todas las congregaciones falsas y anticristianas estas cosas no se encuentran. Es decir, no hay un verdadero nuevo nacimiento, no hay verdadera distinción entre la ley y el evangelio, que produce frutos y mediante la cual la gente se arrepiente de verdad y es convertida de la injusticia al Dios viviente (Mt 3: 8; Lc 3: 8), no hay verdadero conocimiento del único y eterno Dios, quien es vida eterna y la plenitud de la sabiduría y de la justicia, que es manifestada por el guardar de los mandamientos de Cristo (Jn 17: 3; Sab 15: 3). Tampoco hay allí un verdadero reconocimiento de la pura, santa e inmaculada humanidad de Jesucristo, ni la fe que produce frutos, ni bautismo, ni Cena del Señor basados en las Escrituras, ni lavamiento cristiano de los pies de los santos (Jn 13: 5-17) en la quietud de la verdadera humildad, ni llave del Reino de los Cielos, ni exclusión o separación evangélica, ni rechazo de los templos de la idolatría y falsa adoración, ni puro amor fraternal, ni vida en el temor de Dios, ni observancia de los mandamientos de Cristo, ni persecución por causa de la justicia. Todas estas ordenanzas y evidencias del verdadero cristianismo no son halladas en ninguna congregación anticristiana en la forma correcta, sino lo inverso, como puede ser visto claramente en estos días, si es que el hombre tiene ojos para ver, oídos para oír y corazón para entender (Mt 13: 9; Ap 2: 7; 3: 6).

La Iglesia en parábola ²⁰

Además, la congregación del Señor es fácilmente reconocible por su descripción. Es decir, ella es la Santa Ciudad, la nueva Jerusalén que descende del cielo preparada como una esposa sagrada para su marido (Ap 21: 2), teniendo la gloria de Dios, y su fulgor es como una piedra preciosísima, como jaspe cristalino, y que tiene altas y grandes murallas con doce puertas, y en las puertas doce ángeles y nombres escritos los cuales son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel (Ap 21: 12), y el material de los muros es de jaspe, y la ciudad es

de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y los cimientos fundamentos del muro de la ciudad están adornados con toda piedra preciosa...²¹

Ésta es una descripción o retrato al natural de la congregación cristiana tal como ella se desenvuelve aquí, primeramente en el Espíritu Santo, y después en la perfección de la existencia celestial. Porque, en primer lugar, la Santa Ciudad es la congregación cuyos ciudadanos son creyentes cristianos miembros de la familia de Dios (Ef 2: 19). Es llamada ciudad porque así como para que una ciudad pueda seguir existiendo tiene que haber concordia, los ciudadanos tienen que mantenerse firmemente unidos y conducidos conforme a los mismos procedimientos, leyes y estatutos. Así tiene que ser también en la congregación, tiene que haber unidad de Espíritu y de fe (1 Co 1: 9; 10: 21; Ro 12: 16) y la misma regla de la divina Palabra tiene que regir el andar de sus miembros, y los divinos procedimientos que la ciudad ha recibido de Dios tienen que ser observados como corresponde. Por lo tanto, también el profeta (Sal 122: 3) declara que Jerusalén está edificada como una ciudad cuyos ciudadanos están unidos, con lo cual se nos describe la unidad de la congregación de Dios, de la cual la Escritura dice mucho (Ef 4: 5; Col 3: 5; Gl 3: 28; Jn 17: 11).

En segundo lugar, la congregación es la Nueva Jerusalén (Ap 21: 2) porque todas las cosas se han vuelto nuevas mediante Jesucristo (Ro 7: 6); lo viejo de la letra y de la carne han pasado y el cabal nuevo ser ha sido introducido por Jesucristo (2 Co 5: 17). Jerusalén es tanto como decir una visión de paz, por consiguiente la congregación del Señor es la verdadera Jerusalén, porque ella está en paz con Dios mediante Jesucristo; y la paz está dentro de sus muros y allí no son tolerados los que alborotan contra la enseñanza evangélica. Cristo es el Príncipe de Paz y nos ha dado y dejado su paz. El Espíritu Santo da paz y gozo a la conciencia de los creyentes y los apóstoles nos aconsejan esta paz en todas sus epístolas para que nos dejemos gobernar por esa paz en nuestros corazones (Ro 5: 1; 14: 8; 12: 19; Hch 12: 15; Ef 4: 4; Flp 4: 1).

En tercer lugar, esta Nueva Jerusalén ha descendido del cielo, porque los cristianos no son de este mundo, así como tampoco Cristo es de este mundo (Jn 17: 14) sino que han nacido de lo alto. Por lo tanto, ellos no tienen mente carnal sino espiritual y por fe buscan las cosas de arriba (1 Jn 3: 6; Ro 8: 5) donde Cristo se sienta a la diestra del Padre (Col 3: 1). Lo mismo que Abraham, Isaac y Jacob, ellos se contentan con vivir en tiendas, como extranjeros aquí en la

tierra. porque buscan una ciudad con fundamentos, cuyo Arquitecto y Creador es Dios (1 P 1: 1; 2: 11; Hch 11: 10). Aquellos que por la gracia del Señor y por el poder de su fe tienen este sentir son la congregación de Dios, la Jerusalén celestial, de la cual Pablo habla a los Gálatas (4: 26).

En cuarto lugar, la congregación está dispuesta como una esposa ataviada para su marido; mediante la fe ella es desposada y unida en matrimonio con Jesucristo, y es la gloriosa y bellísima esposa (Os 2: 19; 2 Co 11: 4) del Cordero, adornada con muchas virtudes de Dios y dones del Espíritu Santo. Aquí está el gran misterio de Cristo y su congregación, del cual Pablo escribe a los efesios (5: 23, 1: 22). Esto es decir que Cristo es la cabeza de la congregación, carne de su carne, hueso de sus huesos. Por lo tanto, él la amó y se dio a sí mismo por ella, limpiándola con el agua de la Palabra para que ella pueda presentarse como una congregación gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin mancha, participando de la divina naturaleza (2 P 1: 4) si ella mantiene firme hasta el fin el principio de la confianza en Cristo (Hch 3: 14). Por eso es que la congregación, en cambio, tiene que amar a Cristo y entregarse totalmente a él, y por causa de él abandonarlo todo y unirse a él solamente y evitar todo adulterio espiritual, que sea idolatría, y huir de ello (Mt 10: 37; 16: 24; 1 Co 6: 18; 10: 14).

En quinto lugar, esta Santa Ciudad tiene en ella la gloria de Dios y no necesita de sol ni de luna para que le den luz, porque la gloria de Dios la ilumina, y su luz es como la más preciosa piedra, como el jaspe cristalino, y los paganos que sean salvos andarán en su luz (Ap 21: 11 y ss). Es decir que la congregación es un reino del Altísimo, exaltado sobre todos los reinos de la tierra, en el cual los santos tienen dominio espiritual (Daniel 7: 27), y mediante su fe son vencedores del mundo entero. Y Jesucristo, el resplandor de la luz eterna, la expresa imagen de la persona de Dios, es la luz de su congregación que es iluminada por su aparición, sí, con la claridad de su Palabra, de modo que ella no necesita otra luz. Los gentiles que sean salvos serán llamados de las tinieblas a esta luz y andarán en esta luz, como hijos de luz y brillan en el mundo como luces al mantener firme la Palabra de vida. Por consiguiente, también Tobit dice en su canto de alabanza (Tobit 13: 11): "Oh, Jerusalén, tú, santa ciudad, tú resplandecerás con glorioso resplandor y hasta los fines de la tierra tú recibirás honores"²².

En sexto lugar, esta ciudad de Jerusalén tiene grandes y elevadas murallas, y el material de ellas es de jaspe y los cimientos de las murallas de la ciudad están adornados con toda clase de piedras preciosas. Esto nos representa que la congregación está edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y que Jesucristo es la piedra angular (Ef 2: 20). Esta misma congregación ha tenido desde el principio muchos gloriosos ministros predicadores de la justicia (1 Co 3: 5; 1 P 5: 1); está adornada con elevados dones del Espíritu que son como una muralla que rodea a la Ciudad de Dios para protegerla de sus enemigos, como un cerco en torno de la villa del Señor a causa de las pequeñas zorras, es decir para dejar afuera a los falsos profetas que tratan de introducirse y para que así no puedan destruir la viña del Señor (Is 5: 1; Cnt 2: 15).

En séptimo lugar, hay doce puertas de entrada a esta ciudad de Jerusalén, y doce ángeles y nombres escritos allí, los cuales son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Esto nos indica que la congregación del Señor tiene la doctrina de los apóstoles, la cual conduce la Jerusalén celestial y que no hay entrada por otro camino, porque los apóstoles nos han predicado el verdadero Evangelio y aparte de éste no hay otro (Gl 1: 9). Y si vamos a entrar en la congregación del Señor tenemos que entrar a través de estas puertas, porque Cristo es el único camino al Padre, la única puerta al corral, es decir los únicos medios de entrada a la congregación y al Reino de Dios (Lc 13: 22; Jn 10: 7; 14: 7). Y en vista de que los apóstoles han predicado a Cristo, proclamando el Evangelio y así llevado al pueblo a Cristo, ellos son por eso llamados "puertas" por las cuales uno entra en la Ciudad Santa. También son llamados ángeles del Señor y emisarios del Altísimo, los siervos señalados del Señor y los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel están escritos sobre ellos (Mal 3: 1; Sal 103: 20); porque ellos fueron enviados primero por Cristo, y ellos fueron llamados primero a la comunión del Evangelio, y ellos tienen precedencia, y de ellos vinieron los apóstoles del Señor.

En octavo lugar, la antes mencionada ciudad es de oro puro, como si fuera vidrio limpio, y allí no hay templo, porque el Señor Todopoderoso y el Cordero son su templo. Esto nos revela que la congregación del Señor es limpia y pura, purificada por mucha tribulación (Eccl 2: 5; Sab 3: 6), como la Escritura nos revela que Dios trata a sus santos, como el oro es tratado por el fuego con muchas pruebas para que la prueba de la fe pueda ser hallada mucho más preciosa que el oro, el cual pe-

rece. Tampoco necesita la congregación ningún templo externo hecho con manos, lo cual no tiene valor ante Dios y que, por lo tanto, nadie es encontrado en la congregación sino que el tabernáculo de Dios está con ellos (Hch 7: 48; 17: 24) y las moradas del Altísimo están allí (Sal 48: 9; Ap 21: 22). Además, la congregación misma es el templo de Dios viviente, como está escrito (2 Co 6: 16; 1 Co 3: 16): "Habitaré y andaré entre ellos y seré su Dios, dice el Señor todopoderoso".

En noveno lugar, las puertas de la ciudad no serán cerradas de día, y allí no hay noche. Es decir, la entrada a la congregación de Dios está siempre abierta, para ellos siempre resplandece el día de salvación (2 Co 6: 2). No hay tinieblas, pues Dios, quien habita en eterna luz, y en quien no hay alteración ni cambio de luz a tinieblas, está en su congregación y la ilumina con su divino resplandor, aquí en el corazón por su Palabra y Espíritu, lo cual es aceptado en verdadera fe; y después, en el Reino eterno, los justificados resplandecerán como el sol para siempre.

En décimo lugar, un arroyo de agua de vida, claro como el cristal, fluye desde el trono de Dios y del Cordero en medio de las calles de la Jerusalén celestial, y a cada lado del arroyo hay árboles de vida que cada mes dan frutos y cuyas hojas son para la salud de los paganos. Este claro arroyo de agua de vida representa al Espíritu Santo, quien procede del eterno Dios y Padre Todopoderoso (Jn 15: 26) mediante el Hijo y es un espíritu del Padre y del Hijo, y Él está en la congregación. Él estimula y conforta a las almas creyentes con el eterno consuelo de la divina gracia. Y por este mismo Espíritu es glorificado Jesucristo (1 P 1: 11; Jn 16: 15), la Palabra de Vida, el consolador evangelio, es proclamado, el cual se hace fructífero en el corazón de los creyentes y es conducente y provechoso para la salvación eterna de todos los que se han convertido del paganismo al Todopoderoso Dios y han sido conducidos a su congregación (1 Co 2: 10).

En undécimo lugar, el honor y la gloria de los paganos serán traídos a esta ciudad²³. Y allí no entrará nada contaminado o que haga abominación ni mentira, sino aquellos que están escritos en el Libro de la Vida del Cordero (Ap 21: 26 y ss). Es decir que los gentiles, mediante el oír del evangelio que les fue predicado, por el poder y la obra del Espíritu Santo, han creído y alabado a Dios (como testifican los profetas en muchos lugares: Ro 15: 9; Dt 32: 43, y han formado la congregación del Dios glorioso, pues muchos miles de gentiles han sido agregados a la congregación. Pero los impuros y los mentirosos, y

aquellos que cometen abominación no pueden entrar en esta Santa Ciudad. Porque los impíos, dice el profeta (Sal 1: 5) no se levantarán en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos. Sí, estos tendrán su parte con el dragón, en el lago de fuego, como está escrito (Ap 21: 8). Los temerosos, los incrédulos, los supersticiosos y los abominables, los homicidas, todos los mentirosos tendrán su parte en el lago ardiente de fuego y azufre, que es la muerte segunda. ¡Oh, Señor, dónde estarán aquellos que ahora con tan orgullosas y altivas palabras pretenden ser la congregación del Señor, pero que, sin embargo, están por completo intoxicados con los placeres carnales y abiertamente sirven a los ídolos y mienten contra la verdad y cometen toda forma de abominación ante ti, Señor!

Finalmente, los siervos del Señor en esta Santa Ciudad sirven al Altísimo y su nombre está en sus frentes, y verán su rostro y reinarán desde la eternidad hasta la eternidad. Estos siervos son los verdaderos cristianos que sirven al Señor fielmente en su congregación, que han entregado sus miembros para servir a la justicia con objeto de ser santos (Ro 6: 19) y finalmente obtienen la salvación de sus almas (1 P 1: 9). Estos tienen la marca sobre sus frentes, el nombre de su Dios. Ellos confiesan abiertamente la verdad como los que han sido sellados con el Espíritu Santo y se regocijan en la misericordia del Señor y no se avergüenzan de alabarlo (Eclo 51: 29); ellos hacen con completa confianza lo que Dios les ha ordenado hacer. Por lo tanto, Dios los recompensará a su debido tiempo y el Señor Jesús los transfigurará y ellos serán como Él es, porque verán su rostro cara a cara en la resurrección de los justos y reinarán con Él, desde la eternidad y hasta la eternidad (Jn 12: 28; 17: 5; 1 Co 15: 12; Flp 3: 21).

En esta forma el Espíritu Santo ha descrito para nosotros en la Escritura a la congregación de Jesucristo, y por ello podemos comprender cómo la congregación aquí tiene que estar calificada, cuán gloriosa ella es, cómo estará ella siempre en el cielo cuando todas estas cosas sucedan y sean cumplidas en su plenitud de poder y gloria. Y ahora, en cualquier congregación que esto sea iniciado en el Espíritu y puede ser visto y hallado, hay una verdadera congregación del Señor, la Ciudad del Dios viviente, la Nueva Jerusalén que desciende del cielo. Benditos son aquellos que cumplen los mandamientos del Señor, que su fortaleza está en el Árbol de la Vida y que pueden entrar en la Ciudad a través de las puertas. Pero afuera quedan los perros, los he-

chiceros y los idólatras, y todos los que aman y hacen mentira (Ap 22: 14 y ss).

Que Dios, el Padre de toda misericordia, que por gracia nos ha llamado a la congregación de su amado Hijo, nos preserve y nos fortalezca para su Reino Celestial mediante Jesucristo. Amén.

Deus est qui operatur omne quod bonum est in omnibus.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

¹ Véanse sus *Confesiones*, pág. 317 y ss.

² Nótese particularmente en la descripción de la "séptima ordenanza".

NOTAS AL TEXTO

¹ Seguiremos el ejemplo de la redacción de Williams introduciendo algunos cambios para aliviar el texto. Hemos intercalado subtítulos que faltan en el original; omitimos algunos pasajes monótonos (señalándolos con puntos suspensivos) e incluimos las referencias bíblicas marginales, poniéndolas entre paréntesis en lugar de citarlas en notas. No es siempre fácil discernir cuál es la pertinencia de la multitud de referencias bíblicas.

² De aquí en adelante traduciremos *ghemeente* como "congregación" y no como "iglesia". Se trata siempre de la misma palabra.

³ Tratado de 1558 incluido en el *Enchiridion*.

⁴ Texto principal polémico contra Múnster; se opone al libro *De la restitución* de Rothman.

⁵ Está refiriéndose a los tiempos del Antiguo Testamento, y no a los gentiles de la época cristiana. Paradójicamente, por virtud de la alianza divina es como puede afirmarse la salvación de los de afuera.

⁶ La diferencia entre los dos Testamentos es un tema teológico que ofrece un particular desafío. Frente a la tendencia de las iglesias oficiales a nivelar la autoridad bíblica, Dirck presupone que tiene que haber una diferencia entre las dos alianzas.

⁷ Contrariamente a los "entusiastas" que buscaban en los textos apocalípticos descripciones detalladas de acontecimientos venideros, Dirck los entiende —incluso en el Apocalipsis de Juan— como cumplidos en la Iglesia.

⁸ Se refiere a los adultos. Vemos aquí el reflejo de los debates acerca del bautismo de niños: Dirck no quiere excluir de la salvación a los niños inocentes.

⁹ Tratado de 1556, también incluido en el *Enchiridion*.

¹⁰ Encontramos aquí más de cerca la herencia de Melchior Hofmann —que Dirck Philips y Menno Simons comparten— acerca de la naturaleza humana de Jesucristo. Jesús no recibió su naturaleza humana de una descendencia corrompida porque, en ese caso, no sería capaz de salvar a otros. Su humanidad, su "carne" (Juan 6: 51), su

“cuerpo” (Heb 10: 5) vienen del cielo. Lejos de recibir la carne pecaminosa, la Palabra eterna “fue hecha carne” (Jn 1: 14). No se trata de una especulación metafísica sino de una inquietud pastoral. La tradición de Melchior está preocupada por la validez y por el poder de la obra de salvación que tiene que ser tarea divina y no producto de la carne (ni siquiera de la humanidad virginal de María).

¹¹ Otros tratados: *Del verdadero o genuino conocimiento de Jesucristo y De la regeneración*.

¹² El concepto de “ordenanza” no queda muy en claro. Más tarde, particularmente en las iglesias bautistas, la palabra “ordenanza” llegó a ser equivalente a “sacramento”; se trató así de acciones o ritos cumplidos bajo el orden divino. En el uso de Dirck, sin embargo, carece de tanta claridad. El amor (quinta ordenanza) o la persecución (séptima) no son acciones tan concretas. El primer escrito anabaptista de Melchior Hofmann llevaba el título *La ordenanza de Dios* (Williams, *Writers*, pág. 184 y ss) y quería expresar algo así como “la soberanía divina”, o “el régimen de Dios”, o el “plan de Dios”; incluía la práctica del bautismo de adultos como parte de la misión apostólica, pero el bautismo mismo no fue llamado “ordenanza”. Por lo tanto, el concepto de “ordenanzas” en el uso de Dirck no representa algo constante en la tradición común de los anabaptistas. Se acerca más a las conversaciones sobre las *notae ecclesiae*, es decir las señales o características que permiten reconocer a una iglesia verdadera. Menno Simons formuló otra lista de seis notas.

¹³ Tratado de 1559.

¹⁴ El lavamiento de pies parece haber sido practicado primeramente por los anabaptistas neerlandeses. Más tarde llegó a ser uno de los elementos del cisma amisch en Suiza y Alsacia (1693-96).

¹⁵ En la época de Dirck, como hoy, había tendencia a concebir el amor como ternura o indulgencia; por lo tanto, la disciplina moral parecía ser lo contrario del amor. (Compárese Yoder, *Taufertum und Reformation im Gespräch*, (págs. 44 y ss). Dirck insiste en que la disciplina, basada en el compromiso voluntario del hermano es la expresión del amor responsable.

¹⁶ Hay otro folleto titulado *Confesión*, pero aquí parece tratarse de su *Amonestación de amor*, de 1558. Compárese con *De la amonestación fraterna* de Hubmaier (págs. 189 y ss) y *Algunas preguntas y respuestas sobre la disciplina eclesiástica*.

¹⁷ La decisión de la Iglesia tiene validez actuando en nombre de Dios. Difiere de la excomunión (así como también de la absolución) practicada en el catolicismo por el hecho de ser una función de la congregación —tomando como base los datos del contexto concreto— y no una responsabilidad del sacerdote basada en su poder sacramental.

¹⁸ Como en la *Unión fraternal* de Schleithem (Cf. págs. 155-169), la excomunión es entendida como alternativa a la espada. Es decir, la libertad religiosa en la sociedad civil se halla correlacionada con la disciplina en la comunidad voluntaria de la fe.

¹⁹ La parábola de la cizaña (Mateo 13), es objeto clásico de debates acerca del presente tema. Las teologías oficiales la entienden como rechazando la disciplina eclesiástica, ya que han identificado a la Iglesia con la sociedad civil (la que, por supuesto, mantiene su disciplina policial, incluso para la protección de la sana doctrina). Los anabaptistas, por su parte, la entienden como aclaración de la persistencia del peca-

do en el mundo y de los pecadores en la sociedad, como que la Iglesia no tiene mandato de extirpar. (Compárese Yoder, op. cit. pág. 162, nota 13).

²⁰ Williams propone como subtítulo "Las doce notas de la Iglesia". Sin embargo, "notas" convendría más para las "Siete ordenanzas".

²¹ Aquí sigue citando íntegramente al texto de Apocalipsis 21: 18-27, con la sola excepción de 24 b: "Los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella".

²² Hemos notado en todos nuestros textos que los libros apócrifos son citados libremente. El libro de Tobit tiene varios elementos en común con la visión de Apocalipsis 21. No obstante, la frase que cita Dirck no se encuentra allí. Puede tratarse de una variante de traducción.

²³ Williams cree haber significado en la omisión de la referencia a los reyes (véase nota 21), en el sentido de testimonio de la actitud anabaptista frente al gobierno. Sin embargo, Dirck Philips cita aquí el versículo que antes había omitido. La omisión indicaría tan solamente un lapsus de la memoria.